

## Reminiscencias de un sueño

Vicente García Castillo - IES Alhakén II (Córdoba)

Manuel se levantó con dificultad del sillón que había instalado en su piso en Ciudad de México, llevaba unos días apresado en un sentimiento extraño, una nostalgia nerviosa que le hacía estar alerta todo el día, incómodo, como si no perteneciera realmente a ese lugar. Necesitaba algo para distraerse y, como habría dicho su difunta madre “mancha de mora con mora se quita”, así que para combatir la nostalgia de su patria cogió de su estantería uno de sus libros más amados, uno de los ejemplares originales de los ensayos andalucistas de Blas Infante. Durante su juventud, en Andalucía, había sido uno de los amigos más cercanos de aquel revolucionario idealista, pero tras la guerra todo aquel sueño compartido por muchos y odiado por tantos se había reducido a cenizas, solo quedaban unas pequeñas reminiscencias de los afortunados como él que consiguieron escapar a tiempo, y, a diferencia de aquellos cuyo castigo fue la muerte, fueron condenados a vagar por un mundo que ya no era el suyo como almas en pena, recordando momentos atroces y bellos que tenían como ambiente una tierra que no podrían pisar nunca más.

Cuando cogió el libro de la estantería y se encontraba en disposición de volver a su sillón de cuero, un pequeño papelito cayó del suelo, como si un pedacito de aquella infancia revolucionaria se hubiera quedado congelado en el tiempo y, tras 30 años de tormento, remordimientos y dolor físico y mental, volviera a aparecer justo en el momento indicado, recordando recuerdos que no quería recordar. El papel estaba sucio y harto arrugado, y al recogerlo y abrirlo, una letra familiar invadió su vista y su memoria:

*Para mi amigo Manuel, para que nunca olvide nuestro sueño y nuestra amistad:*

*La bandera blanca y verde Vuelve, tras siglos de guerra, a decir paz y esperanza, Bajo el sol de nuestra tierra.*

*¡Andaluces, levantaos!*

*¡Pedid tierra y libertad!*

*¡Sea por Andalucía libre, España y la Humanidad!*

*Los andaluces queremos Volver a ser lo que fuimos*

*Hombres de luz, que a los hombres Alma de hombre les dimos.*

*¡Andaluces, levantaos!*

*¡Pedid tierra y libertad!*

*¡Sea por Andalucía libre, España y la Humanidad!*

*Tu fiel amigo, B.*

Una lágrima de alegría mojó el papel, mientras observaba ese conjunto de letras armoniosamente ordenadas, su mente se trasladó a su infancia en la sierra de Córdoba, esa fue la única época en la que había sido feliz. Recordaba perfectamente a su madre, una mujer trabajadora, pero dulce a la vez, que solía cantarle nanas cuando no podía dormir, recordaba

su tez tostada por el sol y sus cabellos morenos rizados. Recordaba a su padre, un jornalero, que a pesar de no tener un gran poder adquisitivo, se aseguraba de que su esposa y su hijo tuvieran todo lo que desearan, esa era su felicidad. Recordaba el verde, el verde de los olivos, el verde de las madroñeras antes de dar su fruto, el verde de las pequeñas plantas que se arremolinaban alrededor del arroyo y, sobre todo, el verde de los ojos de Lucía, la mujer a la que más había amado, y sin embargo, a la que menos recordaba, puede que fuera por haberla dejado atrás al huir. De ella solo recordaba su sonrisa, capaz de petrificar al más vivo de los hombres, su cabello negro, sus penetrantes ojos de esmeralda y su cabello de picón. Tenía un recuerdo muy claro también del blanco, el blanco de la cal con la que su padre pintaba la casa para protegerla de los insectos, el blanco de la espuma que

producía el movimiento del arroyo y el blanco de las nubes que se arremolinaban alrededor del azul cielo y del sol y que, a veces, siendo grandes alevosas, se volvían negras y descargaban su ira sobre los mundanos habitantes de la tierra. El sol, eso era diferente, aquella tierra era completamente distinta a las demás en ese, había viajado mucho en su exilio, pero jamás había visto un lugar en el que sol abrazara con tanta fuerza a la tierra, desde luego, era normal que la amara, con lo bella que era.

Sin duda, Blas no se equivocaba al escribir ese bello himno, el blanco y el verde decían verdaderamente en aquella guerra paz y esperanza, la esperanza de un futuro mejor para todos esos hombres y mujeres que eran felices como los que más tenían teniendo tan pocos, la esperanza, como diría más tarde el himno, del resurgir de una tierra de cultura y erudición sin parangón en comparación con el resto. La paz que era estar con la familia, con aquellos que tantos nos quieren, que nos protegen y que a Manuel tanto le faltaban en ese momento. Realmente su amigo sabía lo que se decía, era sin duda el hombre más sabio que había conocido.

Manuel se reclinó sobre su sillón de cuero, con el poema de pecho y una sonrisa de picardía y nostalgia en su faz, ese día durmió tranquila y largamente mientras su mente atravesaba el océano y caía de nuevo en los brazos de su amada Lucía, que seguía igual de bella que antes, como siempre había sido y como seguiría siendo para siempre.